

Carlos León Liqueste

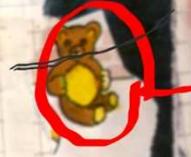
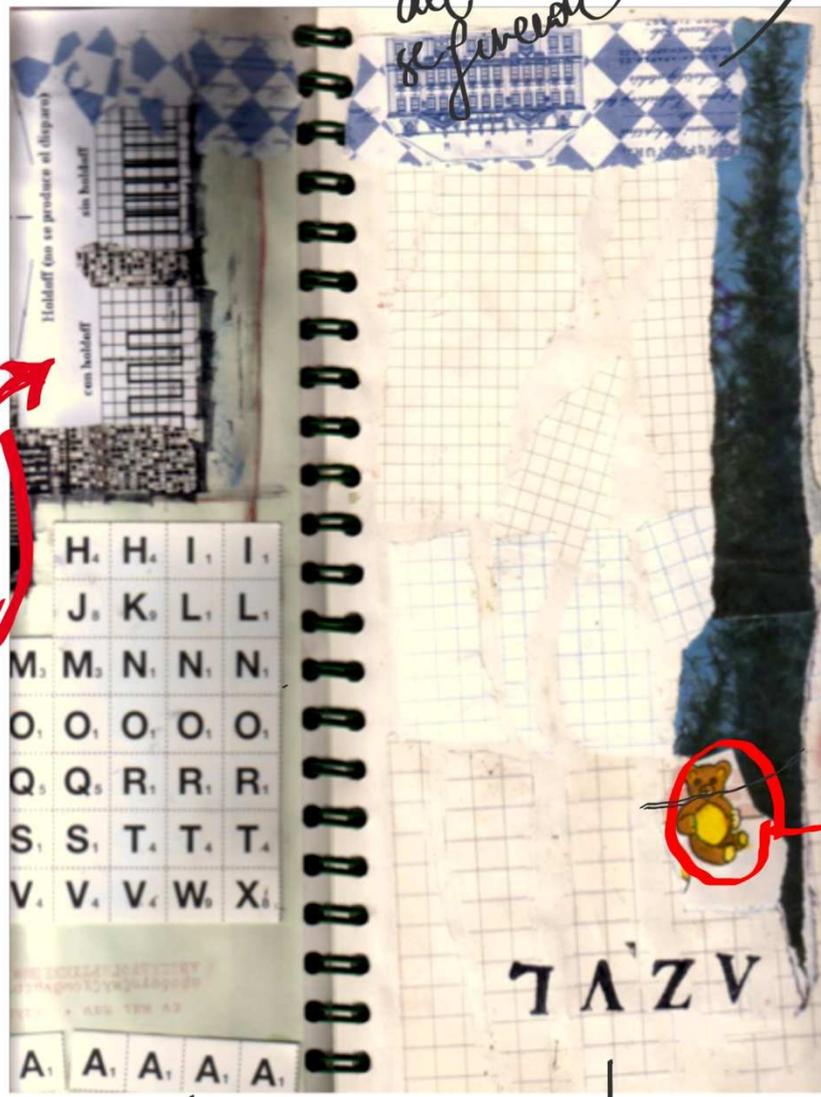
# DISCURSO DE LA ESGUEVA

~~Amigo~~

all  
se fuevan

El piano  
tocaba  
solo ~~los~~  
de ~~los~~  
destrucción

AMPLIAR  
MAS



de capitular  
al ojo  
esto

laaahh

azul o raza  
qué cosa

2012

Discurso leído en las orillas del Río Esqueva en  
(Invitado por la iniciativa en Junio La Esqueva, Puente La Tía Juliana) Junio del 2012

*"Qué mejor escena-  
Río que la plaza  
Para el poeta,  
Qué mejor lugar  
Que un Río  
Para cantar".*

*Con el respeto que debo a los presentes y a los lectores, después de mucho pensar (y alguna que otra idea bocetada a vuelapluma), he decidido hablaros de mí. Para muchos, será por vez primera en público.*



Quisiera saberme raro solamente, un tanto heterodoxo o fuera de la órbita dominante de ese mundillo artístico, cultural y literario, pero me sé aún más, voluntariamente apartado de todo eso, fastos y negocios que para nada cuadran con el lugar que elijo y debo a la poesía.

Podría, ahora que me presento en verso y prosa, hacer recordatorio de mi obra, en orden, año a año, pero creo de mayor interés y más sentido hacer el recorrido con una intención clara: la de dejar sentado el lugar del poeta en el presente y el valor del oficio en estas circunstancias.

Para que nadie confunda mis palabras, lo diré con las de Raoul Hausmann, uno de los "artistas" más consecuentes del pasado siglo:

"Se pretende hacer creer que el arte se orienta hacia un ideal cuando lo cierto es que siempre ha estado al servicio de los fines de las clases dirigentes y siempre ha contribuido, y no sin condescendencia, a cubrir, con los velos de la belleza, sus concepciones de la propiedad y sus métodos de explotación".

Y para que, definitivamente, nadie se lleve a engaño en otro sentido, niego, con el propio Hausmann, la posibilidad de "un arte radical o revolucionario", de una "poesía política" –o, como se decía antes, comprometida–, ya que solo veo en el arte un campo muy restrictivo y restringido para la acción política, con la consecuente merma de esta, que acaba convertida en una pequeña parte de la egolatría característica del artista.

No desarrollo, sin embargo, mi crítica de modo unidireccional: el "problema" no es solo lo que 'el artista' *piensa*, sino lo que 'el hombre' *hace*.



Como poeta vine a la vida con las primeras de cambio: las flores del amanecer estaban colgadas de las muchachas en flor. Pero lo que pudo ser fruto del normal romanticismo de la edad, tornó-se fuego interno con dos apariciones: *Carmen*, en cuyo nombre se encierra la vocación y el descanso; y *Juan*, el vizcaíno, que me enseñó el sentido trascendente de esta efímera labor y la mirada de la imaginación poética, sobre la que el mundo resulta inteligible para deleite de los ojos humanos<sup>1</sup>.

Mis versos de entonces quedaron en unos ***Cuerpos de ocre*** y unos ***Poemas del alba*** que fueron ya preludeo de la Vida. Así decía entonces:

---

<sup>1</sup> Me refiero a Juan Larrea, mi primer Juan, que es Juan segundo –después de JRJ– en la poesía española del siglo XX.

... y cuando de mi pecho  
 hayan surgido las palabras  
 ¿qué pensaréis de mí, bandidos de la idea?  
 ¿me obligaréis a tomar partido,  
 por la razón o el sentimiento?  
 Abierto como el aire,  
 vendido a la belleza de toda experiencia.  
 Pondré sobre mi pecho el vaso de las dudas,  
 me teñiré de oscuro paisaje en favor de la ceguera.

[Primer poema del libro *Poemas del alba*]

Desde entonces, fui dando tumbos:

Algún concurso (que solían ganar poetas mayores, lo que contribuía aun más a cierto sentimiento de frustración), ciertas tentativas de lectura y edición frustradas por las más diversas causas (desde el 'horror' al poema después de Auschwitz- hasta el simpático "ahora no hay pasta"). Escribí mucho, pero no creo que haya quedado mucho de aquello:



[Fragmento de un collage  
 construido a partir del poema]

**'La flor sin nombre'**  
 escrito entre 1996 y 1998]

Mi cercanía a cierta estética (de *dadá* al *punk*) y mi comprensión del hecho poético como huella de vida y no mercancía que vender sin miramientos, me abocaron a la escena subterránea y la autoedición. La perspectiva del punk en la música (*hazlo tú mismx*, escena) parecía una salida correcta para lo que entonces escribía. Buena pero qué difícil experiencia, llena de pérdidas económicas y otras insatisfacciones que superé después, dejando de desear. Muerta la ilusión, se acabó la rabia.

De mi labor autoeditora, es fruto un libro, ***La humanidad escueta***, editado entre diciembre del 2000 y enero del 2001<sup>2</sup>. Con trabajo y con paciencia, se han vendido hasta la fecha 500 ejemplares de ese libro, un libro que supone un hito fundamental en mi avance hacia la comprensión del poeta en el PRESENTE:

No hay nadie a tu lado,  
estás solo.

Y quien busca en el agua  
las últimas gotas, la gota primera  
que surge de fuente o boca de hombre  
se pierde en sí  
como tú estás perdido  
en esos pensamientos que vistes con palabras

[quítales el ruido a las palabras,  
déjalas encima de la mesa como  
esferas de cristal. Rompe: crea].

No es grave la ausencia de hombres,  
de voces, de versos que ayuden

---

<sup>2</sup> Sí, lo sé, en plena 'huelga de arte', pero ¡qué sabía yo entonces!

a descifrar los signos del espacio.  
Otros han llegado antes que tú  
hasta el umbral y han roto su equipaje,  
han abierto sus brazos y en la cercana lejanía  
sus dedos han rozado umbrales llenos – de hierba.  
Porque el tiempo es abeto indefinido,  
un muelle que se estira  
con su negro alambre envuelto en frío,  
en escarcha de viento y agua helada.  
Podría preocuparte estar ausente  
si fueras realmente ese poeta.  
Pero no lo eres, no,  
ni eres poeta ni eres hombre.  
El poeta es aquel y el hombre es este.

[Poema 82, de *La humanidad escueta*]

Tras esas experiencias, que para nada me frustraron pero sí me devolvieron a la realidad respecto a la comprensión de la poesía dentro de la escena punk), mi escritura derivó hacia un autoanálisis, en busca quizás de ese sentido personal de la experiencia que parece ser tan importante.

Fue un año difícil que dio un voluminoso diario de la enfermedad al que el tiempo ha puesto el nombre de *Haciendo consciente la propia enfermedad*.

La enfermedad, como algunos lectores han visto, no es otra que el romanticismo estético y todos sus hijos y hermanos de los últimos dos siglos; y, en último término, el hacer del poeta un ser 'diferenciado'. Me hice, pues, consciente de la futilidad del hombre, de la basura mítica y egolátrica que conlleva "ser artista", de la insignificancia de ser poeta, hombre o cualquier otra cosa, en sí, sin este afuera que nos refleja.

No hay yo si no hay otro:

En el papel de las últimas cosas  
nos ha sonreído el hielo,  
nos ha contado entre susurros  
las mentiras del amor.  
Hemos amado más que nunca  
sabiendo sus verdades.

[Poema 7(130) de *Haciendo consciente la propia enfermedad*]

Comprendí entonces aquello que dijo Rubén al primer Juan (JRJ): "sigue tu rumbo de amor, eres poeta", palabras del poema a JRJ, un poeta que es sin duda, en lengua castellana, la lumbre para cualquier poeta vocativo, como este que os habla, y al que he dedicado no pocas horas de mi vida.

Ese libro supuso, indudablemente, el final de mi juventud poética y la comprensión del camino que me queda por recorrer. Así lo exprese en este:

## CANTO DE SOL

*Nuestra percepción de la realidad  
(como espectro breve de la luz)  
nos hace vislumbrar tan sólo  
lo que las cosas son - su ser ahora -.  
No lo que fueron antes.  
Lo que serán después (ya sin nosotros).*

Al despuntar las primeras luces del alba,  
el sol, abrazado a sí mismo por el frío,  
tiene la intensidad de los gritos o la risa  
de los pequeños hombres, niños, cuando nacen.  
Se mueve con destreza, pero su calor  
no llena plenamente este vacío ajeno,

de la noche.

Sus primeras palabras son contra la escarcha,  
el hielo, contra la casualidad de astros  
que atenaza su voz. Poco a poco, levanta  
la mirada, calentando rostro y manos.  
Los días de niebla, parece oculto y débil,  
y sin embargo está su luz, para nosotros,  
atravesando la bella red del agua  
que asola la intención. Sólo entonces, sol  
del nosotros, frente a su olvido consciente  
y su albedrío azaroso de invierno.

Con el tiempo, si los días son propicios,  
las nubes obscenas permiten que sintamos  
su calor, con todos los sentidos del cuerpo.  
Su voz es tan fuerte que nadie la acompaña.  
Sólo la sombra nos permite hablar de él,  
con él, con todos.  
Su tranquilidad aparente es un volcán  
que con el tiempo se oscurece. Como todo  
lo vivo todo se muere. Ni siquiera él  
está ausente del tiempo. Su tiempo es distinto,  
y otro, como el de aquellos hombres y mujeres  
que grabaron su voz, mueca insignificante  
de una más larga historia.  
El ocaso, en vez de hacernos triste la partida,  
nos da sabor, todo es tranquilo, y su mirada,  
tenue ya, resulta tan hermosa  
como lo no mirado ni entrevisto.  
La visión de su diario final,  
debilidad en la grandeza,  
devuelve al sol, su historia,  
su sentido, al otro tiempo.  
Y la imagen audaz de lo oscuro  
que viene, es incapaz de desterrar

de nuestros ojos  
las vueltas del color,  
los tonos innombrables  
que el sol, en su persona,  
nos deja para ver  
como tranquila  
realidad  
del sueño.

[De *Haciendo consciente la propia enfermedad*,  
final de la primera parte, s/n]

Cerrar ese libro, me ha costado 10 años. Y aún ahora me despierto con los mismos síntomas, como un espejo de mi tiempo.

Porque el poeta no puede (sí puede, no debe) huir de su propio tiempo. Porque si el tiempo es de miseria, debe ser el poeta reflejo de todo lo posible y del dolor que grita cuándo la luz no viene:

Entre la fronda suave  
de verdes hojas nuevas  
te siento florecer  
sin pétalos ni espinas,  
luz oscura.

[Poema 4(67) de *Haciendo consciente la propia enfermedad*]

Sin embargo, teniendo la luz entre las manos, el poeta optó por el olvido de sí mismo y el silencio en diversos ámbitos. Mientras labraba la tierra de los

manuscritos de Juan Ramón Jiménez, dejé secar el árbol que mis manos frescas habían plantado.

Me dije nadie, nadie para nada y para nadie. Me convertí en nadie,  
***Olvidando las palabras:***

Nadie va despacio.  
Utiliza su nombre  
como escudo.  
Dejar de ser es el camino  
aquí: ser otra forma,  
(siempre el mismo  
ser:) cambio.

[Poema 7 de *Olvidando las palabras*]

Fue entonces cuando tejí dos redes paralelas, distintas y cercanas, a mi vera:

- Una, de crítica y estudio, que hice pública en forma de artículos o ensayos sobre la poesía de JRJ o las vanguardias;
- Otra: lírica, secreta, en la que hablaba quedo y para pocos, esperando ser escuchado a ratos por aquellos que se dicen buenos.

En ese ambiente nacieron los versos que cierran el libro:

La quietud compensa mientras se oigan voces,  
un conducto largo de perdidas soledades.  
La guerra  
que cuando viene y va se olvida,

como palabra sacada de sí, puro sonido  
 de anuncio - el claroscuro de un coche en batallón -  
 como delirio  
 en que el placer se recupera  
 y con todas las ganas andar  
 hacia un desconocido delante.  
 Parar, de nuevo. Quietud. Solbra.  
 Un semáforo que se descorre en un hilo,  
 que se mendiga entre unas cuantas, pocas  
 flores. Y se olvida.

[‘Posludio’ de *Olvidando las palabras*]

Pero la vida nos empuja, “aullido interminable” decía Goytisolo, y las cosas nunca salen ni tan mal ni tan bien como uno espera:

- Donde quise ser justo y objetivo, recibí palos, creo que injustos e inmerecidos, que han dejado en mis cajones estudios y ediciones de triste memoria.
- Donde estaba tranquilo, todo se hizo nervio y la **Urgencia** y la prisa de verme fuera, en el silencio aniquilado, me llevaron de nuevo a la autoedición del verso como salida legítima a las circunstancias y al medio que me rodea (iy ahora más que nunca!).

Así, puedo decir ahora, como decía entonces:

Si por maldecir  
 yo me entregué  
 a una sombra.  
 Y por sentirme  
 me reclino solo.  
 Si por tu sueño

y por mi sed  
 somos perdidos  
 y por la sed y el sueño  
 solos esperantes,  
 quédese aquí que no  
 soy quien para tu forma,  
 pero es mi fondo mismo  
 el que de mí te ama.



Abrí la página de nadie ([www.lapaginadenadie.com](http://www.lapaginadenadie.com)) como regalo para esa  
 nada inmensa que nos espera en su infinito amor. Y allí fui (y sigo dando)  
 los versos de estos años, casi con la **Urgencia** de ser visto:

Te llamé urgencia, mientras callaba de ti;  
 urgencia de venir, de repasar las líneas  
 de ese nombre que aún cuesta olvidar.  
 Pero me entró, como a un dormido amante  
 ante la puerta, la soledad ardiente,  
 y tanta compañía estuvo desvariando  
 sombras, mientras todo sonaba fuera,  
 lejos aún.

Eran las luces y el sonido  
 también lo que ardía de urgencia,  
 y como envueltos en la tela nos sentíamos  
 girar noche tras noche; y nada pasaba  
 mientras volvíamos.

Y yo creí entonces  
 que me esperaba el silencio. Pero viniste tú,  
 con esta urgencia, para no cerrarme  
 las manos, después de todo.

Y yo seguía  
queriendo reclamar, que pasa el tiempo  
y nada hay. De ahí la urgencia,  
por salirme del tiesto y encontrarte.

[‘Poemas de urgencia’, del libro *Urgencia*]

Desde entonces, he publicado varios libros completos de poesía en esa página de nadie; desde los primeros, anteriores a la web: *Poemas del alba*, *Historia de nadie*, *Haciendo consciente la propia enfermedad* y *Olvidando las palabras*; hasta los más últimos, escritos en este siglo: *Urgencia* (2010), *Dos libros para el diálogo* (2011, compuesto de los libros *Por/para* y *Entretanto* y un diálogo entre ambos), y el más reciente, el *Libro de horas*, de este año 2012.

Todos mis libros son completos y unitarios, cada uno con sus logros y defectos (y eso sí, es cosa vuestra, lectores y escuchantes, el decirlo).

Del ***Cancionero apócrifo***, libro largo aún inédito, es el siguiente poema, que refleja perfectamente la implicación del poeta:

Difícilmente un cuerpo  
pudo amar a un alma  
más que al papel  
la pluma.

Que no escribe, en realidad  
dibuja, línea, punto, fuga,  
la sombra misma de ese cuerpo,  
el alma de esa sombra.

Como al árbol el ave

a la tinta la sangre  
-refugio, sombra, vida-.  
Y entre tanta belleza  
qué harás tú de mí,  
papel, cuaderno, pluma,  
qué haré yo de ti,  
cuerpo, libro, fango.  
Sin alma.  
Sin sueño.

Y este otro, en el que dejo mi fe depositada:

Cuando todos duermen,  
nadie piensa en nada  
y dice  
que no quiere tristeza  
para este amor.  
Que el tiempo nunca para  
-ni siquiera aquí,  
en ninguna parte-.  
Que son derrotas los instantes  
sin ti, pero el tiempo sabe  
que está contigo.  
Y sin ganas se deja  
entonces, porque melancolía  
es vieja compañera,  
pero no como estar triste  
solamente.  
Sino perdido, en nada;  
como si todos duermen todavía  
o siempre.

De mi último libro, publicado recientemente, en la primavera de este año, ***Libro de Horas***, estas dos:

## CARTAS OTOÑALES

Dile que ya es otoño  
y mueren ya las hojas,  
que es un setiembre largo  
quien pasa por su puerta.  
Dile que aquí le espero,  
que no me fui, no creo  
tampoco que me vaya;  
dile que estaré allí,  
donde ella esté.

\*\*\*

Dice que te diga algo:  
que te estás haciendo  
solamente en mi voz  
y se aplaca el delirio.  
*Pero entonces...*

Que la ola es agua  
aunque la raíz no veas,  
que su sombra es otra  
y es bastante en sí  
para acogerte.

Dice que te diga ahora  
que sigas la senda,  
que ya la conoces,  
y es fatal perderla.  
Que te cante esto  
y lleve tu sueño  
otra vez conmigo.

En la actualidad, trabajo en un ***Cuaderno del ahorcado***, delirio de los últimos días de un sui-cida o conquista definitiva de la forma del aire.

El siguiente poema es, para el que escribe, su centro principal:

[ L O S V I L U P P O ]

I

Hace tiempo que hablo-

La voz se me ha hecho  
varias veces trizas  
tras el color tardío  
de las figuras.

De la orilla del río  
cogí el verso  
y lo leí despacio,  
saboreé el sonido  
y aun me sabe su aroma  
a las notas del alba.

Tras él, la piedra  
de locura, de la noche.  
Como en la dejada soledad  
de la torre de un carpintero  
-sin manos ni piano  
que abrazaran-.

Recuerdo de esa noche  
el verso airado,  
el júbilo y la misma pasión  
de trágicos griegos,  
con todas sus vidas,  
su vino y su pan ,  
que compartimos.

La sinrazón nunca descansa.  
Así supe de aquellas lejanías  
tan cercanas del otro mundo  
(hermano que nos cerca).

Reconocí, en el paisaje sin límites  
las huellas de mi propia sangre.  
Sin embargo no estaba desnudo,  
y el coro brillaba pálido.  
Me acerqué más,  
me hundí en el mar hasta las cejas.  
Digerí lentamente su espacio  
y todo el tiempo, como un animal  
que viviera dentro del aire.

No habrá sombra que oculte aquella luz  
y sin embargo la siento lejos,  
luminosamente afectada.

Cerré la puerta y esperé

pero todos ya me conocían.  
Quise cambiar de aspecto  
y no supe siquiera qué era aspecto  
ni hacia dónde se iba.  
Como la puerta, los ojos  
se volvieron ciegos y la voz  
calló, dejándose mecer  
por ramas de lo humano.  
La misma vida me dolía  
en el silencio: el cuerpo  
extenuado, seco  
de tanta ansia, como cáscara  
de negra nuez vacía.  
Todo amargo jengibre  
raramente devorado.  
Y ese sabor, y aquel sonido  
que la época nos trajo  
dejaron sus cadenas caer  
sobre la sombra del lienzo  
que se olvidaba de sí  
en su estúpido caballete.

Busqué sobre las calles el poema  
y solo oía voces desatadas como puños.  
Grité alto a las calles,  
grité a la misma vida  
que pretendía abandonarnos.

## II

Ahora  
la sensación varía  
como del día a la noche.

Soy más consciente  
de la enfermedad del arte  
y en la conciencia  
encierro su píldora.  
No es sin embargo fácil.  
Se cae a veces de mis manos  
mezclada en el balde con las otras  
y tomo entonces cualquier  
derivado de la anfetamina  
que me sacie.  
El problema viene después:  
la confusión se nombra orden  
y no encuentro a la amada  
por más que la busque con mis hombros.  
He llegado incluso a tantear  
las venas abiertas  
mientras la peluquera corría  
escaleras arriba (gritando  
desesperada).  
Por cada página que he escrito  
he leído ciento y he vivido diez.  
Ya no me callo.  
Todas las migas de esta mesa  
se han reunido para hacer mi pan,  
todas las migas recogidas una a una  
en caminos de tierra y espejismo  
que confluyen en la misma dirección.

Cuando mato mi sueño  
más lucho por él,  
cuando callo hablo,  
callado, aprendo a hablar.

La poesía, como dije, con el amigo Albillo y el poeta Gabriel, es un arma cargada de presente y de futuro.

Pero solo en ciertas condiciones el poeta lleva a cabo su labor. Son esas condiciones las que he procurado hasta ahora y espero poder seguir aumentando en lo futuro.

Sin duda, será en plazas como esta, junto a este río, donde la poesía se cumpla.

Quiero cerrar esta lectura con un deseo, que formulé hace tiempo:

### **A YA ALTAS HORAS**

Si en vivir se va  
lo que yo fui,  
si en morir me viene  
lo que he sido  
que todo haga  
conmigo  
lo que quiera,  
que cada gota de mí  
tenga de sombra la vida  
que he cantado.  
Porque cantando viví,  
viví cantando.

*Carlos León Liqueste,  
Valladolid, junio-julio de 2012.*

